

B7440  
V5  
V.4

VUELTA AL MUNDO.

ALGUNOS INTERESANTES Y NOVISIMOS



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

LA VUELTA AL MUNDO.



Karnak.—Muralla exterior.

VIAJE A EGIPTO.

POR MM. ENRIQUE CAMMAS Y ANDRES LEFEVRE.

1860.

La vida en el Nilo.

«El 4 de diciembre de 1860, el propietario N. fleta un barco de Mr. X. con todos sus enseres, á razon de cien napoleones por mes. La tripulacion compuesta de cierto número de hombres, marineros, grúmete, piloto ó segundo y reis, todos provistos de su respectivo *tascaret* ó cédula visada por la policia estará esclusivamente á las órdenes de X., quien tendrá, caso de falta, el derecho de espulsar y reemplazar de oficio uno ó mas individuos. Unicamente el reis, agente de N., no podrá ser removido; pero los gobernadores de las provincias recorridas y la policia al regreso, responden de su conducta.  
X. ordenará la salida del barco, y el reis ejecutará

sus órdenes. Sin embargo, si el reis anuncia un peligro, y X. lo desestima, suya será la responsabilidad.

El barco marchará de noche á la vela, hácia arriba, si el viento es favorable, y únicamente de dia se podrá hacer uso de la sirga. Hácia abajo marchará de noche, mitad á vela, mitad á remo, cuando lo permita la luna.

X. no será responsable de ninguna avería que provenga de la falta de la tripulacion, de accidentes imprevistos, de azar ó fuerza mayor, deterioro del barco, etc., y está exento de derechos, peajes de esclusa y tributos, excepto el pasaje de las cataratas.

X. paga anticipadamente á N. uno ó dos meses de arrendamiento, y podrá, durante el viaje poner en

811620

manos del *reis* cierta cantidad para subvenir á las necesidades de la tripulacion. El resto será satisfecho á la vuelta en el consulado de X.

N. pagará á X. en caso de infringir las estipulaciones del contrato, la suma de... á título de indemnizacion.

El barco volverá al Cairo y cesará el arrendamiento el día siguiente de la entrega.»

Tal fue nuestro contrato. Recomendamos su fórmula estudiada y redactada en el mismo consulado. Escrito en árabe y en francés, visado por el consulado y garantido por las autoridades egipcias, nos aseguraba la posesion indefinida de una casa flotante, dentro de la cual íbamos á visitar el Egipto y la Nubia.

Pero no basta estar alojados; es preciso tambien llevar que comer. Al efecto hicimos una provision completa: harina, grano, galleta, aceite, sal, azúcar, vino, vinagre, licores, café, té, conservas de carne y legumbres, jamon inglés, que es el mejor en Egipto, salchichon, queso de Chester y de Holanda, únicos que pueden conservarse en un trapo mojado, dulces de varias clases; todo, hasta las patatas, debe comprarse en Alejandría ó en el Cairo, porque en las márgenes del Nilo solo hay leche, manteca bastante mala, melones, sandías, cohombros, cebollas, escelentes lentejas, espinacas, huevos, gallinas, pichones y pavos. En cuanto á la carne, se mata una vaca para tomar un caldo ó un carnero para hacer un gigote. No olvidemos la leña ni el carbon, bujías, tabaco y cigarros comunes de á tres francos el ciento para regalar; barómetros y termómetros, escopetas y pistolas, municiones y *kurbach* ó nervios de hipopótamo; recado de escribir, aparatos fotográficos, tiendas de campaña, y en fin una bandera con los colores de Francia que se izó en todos los encuentros con un disparo por saludo.

Tres personajes importantes, el cocinero, el dragoman y el *cawas* serán nuestros intermediarios con las provisiones, la tripulacion y las poblaciones. La eleccion del dragoman es importante y difícil: sucios bajo un traje decente, embusteros, rapaces, hipócritas y oficiosos, eso sí, en anticiparse á pagar por uno por sisar alguna cosa... hé aquí los rasgos característicos de la mayor parte de los dragomanes. Forman una corporacion de que es responsable el jefe y contra la cual hay tambien el extremo recurso de quejarse á los magistrados locales: en fin, tenemos aquí al *kurbach*, en cuya eleccion fuimos felices, pues al parecer, nuestro hombre es honrado y algo inteligente. El *cawas* es un militar vestido con relumbron; va provisto de todas armas y tiene la mision de proteger á quien le paga imponiendo respeto y aun temor. Debe sobre todo refrendar cerca de los mamures, mudires, nazeres, kachefes y otras autoridades, una orden de servicio que el gobierno

egipcio nos ha espedido liberalmente, orden importante que obliga á las poblaciones ribereñas á remolcar gratuitamente nuestro barco cuando sople viento contrario.

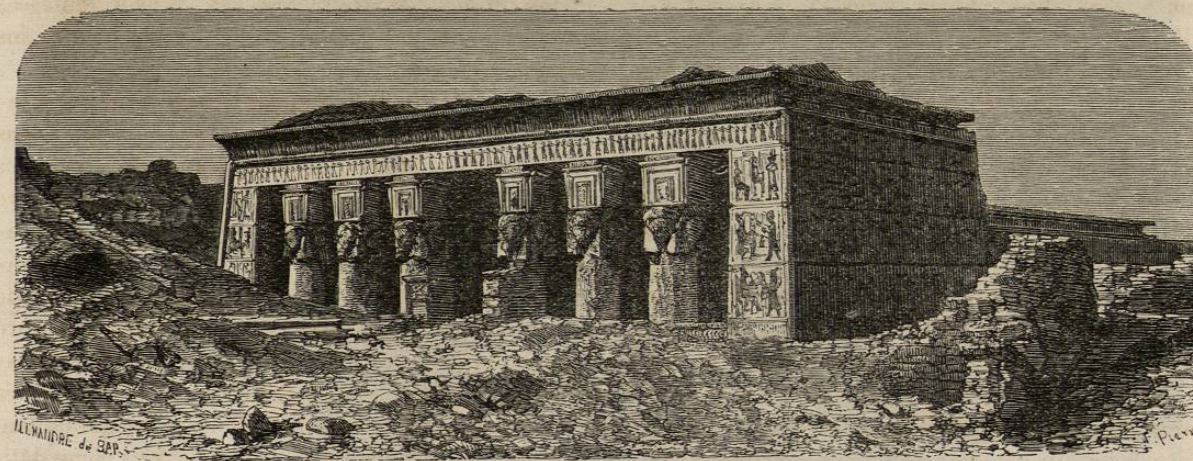
Habiendo organizado asi nuestra expedicion, con una seguridad que no fue contrariada, nos hicimos á la vela el 5 de diciembre con tiempo de mayo, pues ni una ráfaga de nube se reflejaba en las aguas del Nilo, que corria lleno hasta los bordes. A la izquierda pasaban los arrabales del Cairo: Ramleh, donde se apiñan los *daavies* ó barcos de viaje; Bulak con su animado puerto; el palacio de Karls-el-Nil con sus patios rodeados de pórticos, sus malecones sin balaustradas y sus hileras de sicomoros; mas lejos la antigua casa del francés Soliman-bajá, organizador del ejército egipcio en tiempo de Mehemet-Ali, y el gran bazar de Massara Adim. A la derecha las grandes praderas y los bosques siempre verdes de la isla de Rodas formando una graciosa base á las gigantescas pirámides que proyectan en el desierto líbico sus sombras triangulares.

La vida del Nilo se anunciaba con risueños colores. Todas las orillas inmediatas al Cairo están llenas de animacion, de verdura y de riqueza. Nuestros marineros cantan, maniobrando á la vez, un aire monótono de un ritmo uniforme; el dragoman se apresura á nombrarnos y describirnos en una gerga mitad francés, mitad egipcia, todo lo que vemos, y todo lo que no vemos. El *cawas*, tambien mudo y siempre reluciente, sube con nosotros al puente superior, desde donde el piloto gobierna. Es la hora de comer para la tripulacion; cada marinero tiene su racion de lentejas que rocía con agua del Nilo; el *reis* come dátiles á nuestro lado. Nosotros admiramos la sobriedad de los marineros egipcios y les enviamos cigarros y café, que reciben con gratitud ruidosa. Nuestro barco es grande y bello; en su antepuerto, guarnecido de un bauprés y un gran mástil, duermen al aire libre los hombres de la tripulacion. En la popa, nuestra habitacion elevada sobre el puente con tres camarotes regulares; la cámara que termina el barco, tiene numerosas ventanas sobre una pequeña galería exterior, donde la gente se sienta á la sombra á fumar el *chibuk* aisladamente: igual disposicion hay en los barcos de alto bordo. El techo de las cámaras soportó la *cabina* del *reis*, que es una bonita esplanada á donde solemos ir á respirar la brisa de la tarde. Despues de ponerse el sol, la noche cae rápidamente llena de frescura y silencio; despues aparecen las estrellas mas brillantes que en nuestros brumosos climas. La luna aclara las tinieblas con mas esplendor, como si fuera un sol nocturno; la oscuridad se tiñe de suave palidez, el aire se penetra de azul y el cielo argentado se mezcla mas de cerca con los contornos de los lejanos montes y el follaje de las palme-

ras que se alzan en forma de abanicos. La luna es la encantadora, la misteriosa y benéfica divinidad que la India, el Egipto y la Grecia han adorado á porfia. ¡Cuán bella debe ser la tierra para los astros inmediatos! para ellos es tambien una diosa; tiene sus brillantes apariciones, sus fases y todas las vicisitudes humanas desaparecen en su irradiacion.

Nuestra primera noche á bordo, no fue de larga duracion; el canto de los marineros que comenzaban la faena, nos despertó antes del día; pero bien pronto nos hicimos á este ruido que vino á sernos familiar. No hay camino mas cómodo que un rio de agua serena, de verdeantes márgenes, por donde se adelanta sin movimiento. Veíamos acercarse blancos pueblillos que se oscurecian al llegar volviendo á blan-

quear al retirarse; y es que el sol hacia desaparecer á lo lejos su miseria y suciedad. Por todas partes se ven grandes palomares cuadrados, á cuyo alrededor hay una multitud de ramas secas, fijas en las paredes, donde se apiñan los pichones. Un grupo de mujeres vestidas de largas camisas blancas, con grandes envoltorios de lienzo en la cabeza, unas sosteniendo su carga con una mano, otras mas hábiles dejándola en equilibrio, puestas graciosamente los brazos en jarras, sale del pueblillo y se dirige al lavadero á la orilla del Nilo. Caminan por una avenida donde los sicomoros alternan con las mimosas flanqueando una mezquita arruinada. Entre ellas vienen algunas jóvenes que traen en la cabeza grandes vasijas para sacar agua, y algunos muchachos doblados bajo una



Templo de Denherat.

carga tan grande como ellos. ¿Veis ese tan pequeño que descende la escarpa alzando su blanca túnica? Es un cuadro acabado, pero uno de esos paisajes en que la naturaleza es todo y que animan, si se quiere, figuras microscópicas. Las lavanderas están cerca de nosotros; el sol que declina y solo baña ya las cúspides de la cadena líbica, ilumina vivamente los semblantes y realza con líneas de oro los contornos. Al- gunas, avergonzadas en presencia de los extranjeros, se tapan la cara con sus ropas; pero otras menos escrupulosas ó mas ocupadas, dejan ver su frente llena, sus grandes ojos, su nariz bien corta, su expresion agradable, aunque no del todo por sus gruesos labios, su pesada barba y sus mejillas pintorreadas: casi todas llevan anillos de metal en la nariz y brazaletes, collares y círculos de oro en los tobillos; suelen tambien llevar sus túnicas azules bordadas con perlas de acero. Una especie de pañoleta puesta con cierto abandono y que cubre á medias sus negros ca-

bellos, completa su traje tan sencillo y ligero que se trasparenta. Todas ellas son muy bien formadas, de pierna elegante y pie pequeño. Esto es lo que nosotros observábamos, mientras ellas desliaban su ropa. Nuestros marineros cambiaron con ellas algunas palabras un poco espresivas, si bien las de mas edad nos persiguieron con sus maldiciones. Estos gritos turbaron nuestro placer, creyendo que las palomas se habian trasformado repentinamente en cuervos.

Ningun viviente puede chillar mas enérgicamente que las mujeres *fellahs*, y no nos faltarian pruebas en apoyo de nuestra asercion. Distinguiéronse siempre en algunas disputas sobrevenidas entre la tripulacion y los ribereños. Una vez entre otras el altercado se trocó en riña y nos vimos obligados á salir en armas con el *cawas* para proteger á los nuestros: hicimos un prisionero en aquella refriega y al punto las mujeres se subieron á los terrados arrancando con las uñas barro para ensuciarse la cabeza y haciendo

invocaciones á Allah á vueltas de los mas grotescos y lúgubres lamentos. El cawas queria conducir el prisionero al primer mudir, chik ó mamur, pero nuestra clemencia ahorró al desdichado la paliza que en verdad no merecia. La sinrazon estaba de nuestra parte, supuesto que la causa de todo habia sido el robo

de un par de pollos que hizo uno de nuestros marineros, robo descubierto por unos albañiles que reparaban un palomar. El que mandaba los trabajadores no los abandonó en el peligro y queria que lo apalearan con el prisionero diciendo que un jefe es responsable de todo desórden que ocurra entre sus su-



Dama del Cairo.

bordinados. El cawas aprobó el parecer haciendo justicia á su demanda. La cosa no pasó de una broma; pero la justicia local no hubiera sido tan indulgente: los palos no le cuestan nada y llueven sin forma de proceso en todas las espaldas que se le ofrecen. Los fellahs bajo tal régimen se forman una idea muy

pobre de la dignidad humana y de su propio valor, respondiendo á los golpes con quejas solamente. A veces se sublevan como corderos, pero con la conviccion de que la lucha es inútil. Asi en la época de la leva ó reclutamiento, resisten á la fuerza armada: se dejan matar unos cuantos y el resto es conducido en



Medinet-abu.—Patio de los Colosos.